V.

LA PRESENTACION.

En el mismo momento en que el padre y el hijo salian del salon de la marquesa viuda. Arístides Florimont, muy sofocado, llegaba al hotel de Villepreux. El simpar notario estaba muy sobresaltado y hablaba solo en voz alta.

—¡Es preciso que esto concluya de una vez, —decia,—sí, es preciso! Mi agradecimiento á la señora de Villepreux no puede llegar hasta tanto..... ¡Su ruina no me ha hecho variar de conducta; pero ahora.....ante la deshonra!.....

Y como su excitación no le dejaba fijarse en nada tropezó con la rueda de una victoria que esperaba delante de la puerta.

Sacudiendo el polvo que aquella rueda habia dejado en la manga de su gaban, el notario miró maquinalmente el escudo de armas pintado en la portezuela, y conociendo que era el de Villepreux, murmuró espantado:

—¡Un coche, en la situacion en que se encuentran!..... ¡No faltaba más que esto!.....

¡Ah! ¡es preciso de todo punto que mi hija escuche el lenguaje de la razon!

Y entró en el portal.

Al llegar á la escalinata, se halló enfrente del marqués y de su hijo. Aquel se apoyaba afectuosamente en el brazo de éste y parecía muy alegre.

Cuando vieron al notario, ambos hicieron un ademan para saludarle; pero Florimont se habia apartado un poco volviendo la cabeza á otro lado. Federico, estupefacto iba á hablarle, cuando le dijo su padre:

—Déjale, querido, bien sabes que el buen hombre es lunátivo.

El notario subia furioso la escalera, murmurando:

—¡Sí, sí, lunático; pero soy un hombre honrado, señor bribon!

Y sin hacerse anunciar, llamó á la puerta del salon delante de la marquesa y entró sin esperar á que le contestaran.

Vió á su hija deshecha en lágrimas; sus dientes rechinaron de ira, y despues, reprimiéndose algo de la marquesa, se quedó un instante cortado.

—¿Qué tenéis, Florimont?

—Dispensadme, señora, vengo á buscar á mi hija.

—Pero, caballero, dijo Julieta, si debia llevárosla yo esta noche.

—Ya lo sé, señora; pero incidentes imprevistos me han obligado á venir á buscarla sin tardanza y ahora que veo sus lágrimas, me parece que llego más á tiempo. Vámonos, Luisa.

Esta obedeció con el corazon desgarrado y no atreviéndose á preguntar lo que significaba la intervencion tan brusca de su padre. El notario saludó respetuosamente á las damas de Villepreux, y salió arrastrando á su hija como si hubiera conquistado un tesoro.

Cuando llegó al patio, tuvo un momento de indecision, pues el marqués y su hijo se hallaban todavía allí, esperándole, sin duda, al paso.

—Te prohibo que mires á estos hombres, dijo con viveza á Luisa.

Y prosiguió su camino, dirigiendo la vista á otro lado al pasar junto á ellos. A pesar de la prohibicion de su padre. la jóven fijó en Federico una mirada suplicante, y al verle pálido de ira y al marqués sonriendo con ironía, murmuró:

—¿Padre mio, qué hacéis?

—Mi deber, sustrayéndote de una casa en la que la deshonra va á entrar.

Y cuando llegaron al umbral de la puerta de la calle:

—¡Mira! la dijo enseñándole la victoria, ¡si tenía yo razon cuando te decía que ese Federico seguiria las huellas de su padre! Hace mucho tiempo ya que las señoras de Villepreux andan á pié; pero esto no podia convenir al heredero de ese nombre; apénas llega á Paris, cuando el señor necesita coche y se lo traen el mismo dia en que su padre está á punto de.....

EGM 2/19/23.

Lunes.

—¿Qué queréis decir, padre mio?

—No me preguntes más.

—Hablad, os lo suplico.

—Demasiado pronto lo sabrás y entónces me darás las gracias.....

El marqués y Federico salieron tambien del patio y vieron al notario, que tirando de su hija, desaparecia por la esquina de la primera bocacalle.

El jóven capitan estaba muy angustiado.

—Supongo, dijo el marqués con frialdad, que mi madre, mi mujer y mi hija, estarán satisfechas. ¡Qué grosería!.....

—Pero no comprendo, padre mio.....

—¡Ni procures comprender la conducta de un tonto..... y de un ingrato! Porque, en fin, este hombre todo lo debe á nuestra familia, y nota, hijo mio, que es la segunda vez que viene á buscar á Luisilla con aire indignado, como si no fuéramos merecedores de tratarnos con él..... ¡Bah!

Y el marqués hizo un gesto de desdén.

—Ocupémonos de negocios más sérios, añadió.—Sube á tu coche, Federico.

—¿Mi coche?

—Sí, querido. No soy rico; pero quiero que miéntras estés en Paris, lleves un tren digno de tu nombre.

—¡Oh padre mio! balbuceó.

Y á pesar de la penosa emocion que acababa de experimentar, no pudo ménos de examinar su victoria de última moda y muy elegante; el caballo negro, de bonitas líneas, de buena raza, y el cochero muy correcto, vistiendo la librea de Villepreux.

—¡Habéis hecho una locura, padre querido! exclamó.

—Nada de eso, hijo mio; cuando te marches, despediré al cochero, venderé el caballo, no conservando más que el coche porque lleva nuestras armas, y te servirá cuando tengas otra licencia..... como no sea, añadió con cierta malicia, que tu situacion financiera se modifique, en cuyo caso podrias conservarlo todo. ¡Vamos, anda! ¡Cochero, al bosque de Boulogne.

Federico dirigió á su padre una mirada de agradecimiento.

Durante el camino que recorrieron hasta llegar al bosque, no hablaron una sola palabra. Federico estaba embargado por el goce que le habia proporcionado tan linda sorpresa,

y el marqués, que le estaba observando de reojo, se decia: "¡Ya te tengo!"

En la avenida de las Acacias muchos amigos les saludaron, y varios de ellos se preguntaban por qué prodigio el marqués se paseaba en un coche propio; pero todos convinieron en que su tren, no obstante su sencillez, era una maravilla de gusto y de buen tono.

—Tanto mejor para el marqués, se decian, si ha encontrado un asidero en el momento en que iba á hundirse.

Entre los que saludaron al padre y al hijo, ninguno los examinó con más atencion ni con más minuciosidad que el señor Dickson.

Desde el dia siguiente de su llegada, el americano era uno de los habituales paseantes del bosque de Boulogne, y para deslnmbrar mejor á los parisienses, habia regalado á su mujer un nuevo tronco de caballos que le habian costado veinte mil francos.

A eso de las cinco y media, la familia Dickson volvió á su casa, y ya unas veinte personas estaban reunidas en el salon de confianza de la americana, en donde miss Edith procedia, algo nerviosa, al servicio de su *five ó clock tea*, té de las cinco.

La jóven sabia que aquél era el dia convenido, por mediacion de Baradoux, entre su padre y el marqués, para la presentacion de Federico al americano. Despues de aquella

entrevista, Dickson decidiría si le aceptaba ó no por yerno; y Edith, sin experimentar una gran pasion por el jóven capitan, pues recordarán nuestros lectores que no le había visto más que una vez, se decia que la existencia con él sería una felicidad, porque no solamente era el aristócrata más elegante y más cumplido de cuantos le habian sido presentados, sino que sentia por él una gran estimacion. La jóven habia notado pronto la diferencia que existia entre Federico y el torbellino de inútiles que cortejaban sus millones.

Los señores de Villepreux no se hicieron esperar, y no se necesitaron más que algunos instantes para que Dickson fuese completamente seducido por la gracia de Federico. El marqués se acercó á mistress Dickson, y el americano, despues de la presentacion, se apoderó del jóven conde, y para hablar con él, olvidó á todas las demás personas que se hallaban presentes.

—No se os ofrecerian muchas ocasiones de comer manteca tan fina en el Tonkin?

—Ya lo creo—dijo sonriendo Federico.

—Cuando yo leí en los periódicos el sitio de Tuyen-Quang, no sospechaba que tendria el gusto de hablar un dia con uno de aquellos héroes.

—¡Oh, caballero!—dijo el jóven con modestia.

Y el americano le obligó á que le refiriese aquel sitio y despues todas las acciones en que habia tomado parte.

Segun su costumbre, Federico habló de ello sencillamente, sin decir nada de lo que él habia hecho; Dickson no perdia ni una sola de sus palabras y miss Edith, que se habia sentado muy cerca de ellos, le escuchaba con admiracian. El jóven, sin saberlo, acababa de conquistar al padre y á la hija.

Cuando Federico se marchó con su padre, todos los concurrentes exclamaron:

—¡Es encantador!

Algunos minutos despues el señor Dickson subia á su despacho, mandaba llamar á Baradoux por el teléfono, y cuando las comunicaciones estuvieron establecidas, el banquero preguntó:

—¿Ha ido?

—Sí.

—¿Y qué?

—¿Sabeis lo que significan en inglés las palabras *all right*?

—Que todo marcha bien. Que todo marcha admirablemente.

—Pues bien, querido señor Baradoux, nada tengo que deciros sino *all right*.

—¿No vacilais ya?

—Absolutamente nada. ¿Vereis esta noche al señor marqués?

—Debe venir á mi casa despues de comer.

—Arregladlo bien todo, de modo que ese bribon no nos haga una mala pasada, y hasta mañana.

Baradoux habia esperado con cierta ansiedad el fin de aquel dia. El, hombre calmoso por naturaleza y por costumbre, habia dado señales de creciente agitacion; se habia enfadado con un cliente que le pedia dinero, y á quien no queria prestar ya, y su enfado era tanto más significativo, cuanto que era para él una regla, á cuya observancia no faltaba jamás, la de envolver sus negativas en una perfecta amabilidad; habia reñido con su cajero y atropellando al mozo de caja.

Por supuesto, que la plaza de cajero en casa de Baradoux, era un puesto meramente de honor, pues las funciones de dicho empleado consistian solamente en entregar las cantidades que el banquero le daba algunos minutos antes de hacer el pago.

El verdadero cajero era Baradoux y nadie conocia sus secretos.

Tenia tambien un empleado jóven para los recados, es decir; para retirar de casa de los procuradores los pagarés que no habian sido saldados por sus clientes; pero era un trabajo del que gustaba encargarse cuando sus ocupaciones se lo permitian.

El único hombre verdaderamente útil á Baradoux era su criado, un moceton llamado Santiago, que desde por la mañana muy temprano arreglaba la casa y cuidaba de sus colecciones, pasando desde las diez á llenar el puesto de ordenanza. Tenia una preciosa cualidad, que consistia, pareciéndose en esto á su amo, en despedir á los clientes sin la menor displicencia, antes bien, con la más exquisita dulzura.

Aquella noche Santiago iluminó profusamente el despacho de su amo.

Este despacho comunicaba por un lado con las habitaciones del banquero, y por el otro, con dos piezas que pomposamente llamaban "Las oficinas." Una de estas tenia un ventanillo que daba al recibimiento, y por allí se hacian los pagos y se recibia la cobranza de los enormes réditos que traian los clientes.

Durante aquel dia Baradoux no habia echado ni una ojeada á sus queridas colecciones; lo pasó casi entero sentado en su mesa y examinando papeles cubiertos de cifras.

A eso de las diez de la noche el timbre anunció la llegada de una visita, y casi en seguida, Santiago introdujo en el despacho al marqués de Villepreux.

El banquero dijo á su criado:

—Que nadie nos interrumpa.

Santiago contestó con un gesto y dejó solos á los dos adversarios, pues bien puede califi-

carse así á dos séres de alma igualmente corrompida, que iban á luchar con la sonrisa en los labios, para saber quién engañaria á quién en la cuestion del casamiento de Edith con Federico.

Con la más exquisita amabilidad, Baradoux ofreció una butaca al marqués, sentándose delante de la mesa con la mano extendida encima de los papeles. La conversacion empezó alabándose por ambas partes la hermosura de miss Edith y las cualidades de Federico.

Cuando acabaron los mútuos cumplidos, el banquero, siempre con igual finura, abordó la cuestion.

—Es probable, y hasta casi cierto, dijo, que el señor Dickson conceda á vuestro hijo la mano de miss Edith; sin embargo, antes de que se comprometan irrevocablemente ambos jóvenes, es preciso que se establezcan las condiciones del contrato.

—El régimen de la comunidad de bienes me parece ser el indicado, respondió el marqués con tono ligero.

—No es esta la opinion del señor Dickson, replicó tranquilamente Baradoux.—Pero, señor marqués, es inútil que perdamos el tiempo en circunloquios; en este negocio tengo que tomar el interés de ambas partes, pues sois los dos clientes mios. Pues bien, señor de Villepreux, si os habeis figurado que el señor de

Dickson es un yankee un tanto burdo, os habeis equivocado. Su apariencia que, convengo en ello, es algo brusca, oculta un talento bastante despejado..... y es tan astuto como un viejo parisiense. Voy á probároslo con un ejemplo que os atañe muy de cerca.

El marqués empezó á ponerse sério y Baradoux continuó:

—¿Sabeis cuál es la primera persona que ha sido informada ayer de la situacion..... penosa por que atraviesa la Compañía de seguros de que sois presidente?

El marqués sufrió un ligero temblor.

—Dispensadme, dispensadme, repuso Baradoux, si os repito que no perdamos el tiempo inútilmente; sabeis tambien ó mejor que yo que vuestro hijo no consentirá fácilmente en casarse con la señorita Edith Dickson, puesto que está enamorado de la hija del notario Florimont.....

—Esos amores se acabaron, caballero.

—Sí, ya sé que han surgido algunas..... dificultades entre vos y ese tan estimable notario, y os ruego, señor marqués, creais que mis informes son siempre exactos; así pues, me permito advertiros que esas dificultades no han destruido el amor de que estamos hablando. Si vuestro hijo consiente en casarse con la hermosa Edith, será porque le hayais

dicho que estais perdido y que ese casamiento puede salvaros.

Honorato hizo un gesto de rebelion; pero ante la mirada aguda del banquero, tuvo que bajar la cabeza.

Este prosiguió:

—No podeis figuraos hasta qué punto el señor Dickson conoce ó adivina los misterios de la vida parisiense. Ha hablado con muchas personas que saben la historia de vuestra vida.....también como la conozco yo.

—¿Le habeis informado vos? murmuró Honorato con tono iracundo.

—Nada de eso, señor marqués; al contrario, he procurado atenuar todo lo que le han dicho; pero sabe que habeis arruinado completamente á vuestra familia.....

—Supongo no creerá ese señor que si poseyera yo todavía mi fortuna. consentiria en el casamiento de mi hijo, un Villepreux, con una señorita Dickson.

—Dejad á un lado el orgullo, señor marqués, no estamos aquí para hacer un paralelo entre la nobleza y el dinero, sino para discutir las condiciones de un negocio. El señor Dickson sabe que, durante algunos años habeis vivido de préstamo y que despues habeis procurado recuperar vuestra fortuna con ciertas especulaciones que han sido...desgraciadas.

—¿Es culpa mia acaso? ¿No me habeis indicado vos mismas algunas de esas combinaciones?

—Distingamos, señor marqués. Cuando me ha sido imposible ya prestaros dinero, me habeis pedido que os procurase algunos negocios en que pudiera servir vuestro nombre para deslumbrar á los tontos.....Os *indiqué* varios sin *recomendaros* ninguno, y muy á menudo os he dado consejos, que no habeis seguido. ¿Es esto verdad?

Honorato no respondió.

—Lo cierto es que el señor Dickson sabe ya lo que todo París sabrá muy pronto, es decir, que en esa Compañía habeis presentado balances ficticios, que habeis hecho escrituras falsas, engañando á accionistas.....

—Exageraciones, tartamudeó Honorato.

—No, señor marqués, es la exactísima verdad. Podreis decirme que muchas personas, respetadas hoy han hecho lo mismo que vos; es cierto, pero han salido adelante, mientras que vos, no. Hoy por hoy estais á merced del primer accionista que formule una queja contra vos ante los tribunales, y si ninguno lo ha hecho todavía, es porque esperan que encontrareis un medio de reembolsarlos, y vos mismos contais con el casamiento de vuestro hijo para hacer frente á gravísimos compromisos. Además, si fuera solo el negocio de los seguros, pero teneis tambien el de un estableci-

miento hípico en el que habeis perdido mucho dinero, dinero que no teniais....Habeis sabido hacer que vuestros acreedores tuvieran paciencia, dándoles algunas cantidades á cuenta; pero no la tendrán cuando sepan la posicion en que os encontrais...En fin, señor marqués, debeis un millon setecientos mil francos y estais en peligro de comparecer muy pronto ante el tribunal correccional....Ya veis, señor de Villepreux, que vuestra situacion no os permite en modo alguno imponen condiciones.

Honorato se habia puesto en extremo pálido.

Una terrible cólera rugió en él; pero no se atrevia á rebelarse, porque sabia demasiado que estaba perdido y que no podia hallar salvacion más que en el casamiento de su hijo.

Despues de un largo silencio, Baradoux repuso:

—No veais en mis palabras otra cosa que la comprobacion de un hecho, y acordaos de que no he vacilado ni un instante en adelantaros el dinero necesario para que vuestro hijo pudiera presentarse de un modo conveniente en casa de la señorita Dickson. Tampoco hubiera titubeado en imponer al americano el régimen de la comunidad de bienes para el contrato de boda de su hija, si él mismo no hubiera sabido lo que acabo de deciros. Vuestro hijo, teniendo el derecho de disponer

del dote de su mujer, hubiérase apresurado á salvar la situación de su padre y todo se hubiera arreglado lo mejor posible para que vuestro amor propio no sufriese. ¡Desgraciadamente ya no puede ser así!

—¿Qué exige, pues, ese yankee!

—Helo aquí, dijo Baradoux articulando mucho cada una de sus palabras.

—Notad que las cosas se harán de tal modo que no tendreis que humillaros delante de ninguno de los miembros de vuestra familia; lo único que sucederá es que tendreis que sostener una lucha con la señora marquesa viuda respecto á su palacio.....y aún podreis llegar al resultado apetecido, con la dulzura.....

Baradoux empezó á hojear los papeles que estaban encima de la mesa, diciendo:

—Tengo aquí un estado exacto de vuestras deudas.....

—Indudablemente estais muy bien informado, querido señor Baradoux.

—Ya os lo he dicho al principio de nuestra conversacion. Mil francos más ó ménos, conozco perfectamente la situacion financiera de todos mis clientes, y cuando los grandes banqueros necesitan algunos informes, es á mí á quien los piden.

Baradoux hablaba ahora con gran desdén, como hombre que sabe que ha vencido ya.

—Hé aquí, pues, las bases que servirán pa-

ra el casamiento de vuestro hijo. Primer punto: el señor Dickson pagará vuestras deudas y os comprometereis formalmente á no emprender en adelante ningun negocio financiero. Segundo: la señorita Edith tendrá un dote de un millon bajo el régimen dotal. Tercero: dotareis á vuestro hijo con el palacio de la calle de San Dominique.....

—Eso no puede ser, porque esa finca pertenece á mi madre.

—A vos toca decidirla. Además, á nadie echarán de aquella morada; habrá una jóven desposada más y una gran fortuna.

—Mi madre no consentirá nunca.....

—Si conoceis otros medios de salir del atolladero en que os hallaís, dijo tranquilamente Baradoux, á tiempo estaís de rehusar este, señor marqués.

VI.

LOS REMORDIMIENTOS DE UN HIJO.

La conquista del Tonkin ha tenido y tendrá, sin duda, todavía muchos adversarios en Francia; pero no ha tenido ni tendrá nunca ninguno tan encarnizado como mamá Renaud.

Empezó á maldecir á aquella lejana comarca, hasta entonces desconocida para ella, cuando su querido Juan se fué con tanta bravura á arrostrar allí las fiebres palúdicas y las balas; faltó poco para que le concediera su perdon cuando su biznieto volvió de allí hermoso, satisfecho de su campaña y sin que aquel mortífero clima hubiera influido para nada en su salud; pero cuando el amor de Juan por Enriqueta de Villepreux se dió á conocer, y este amor llegó á hacer la desgracia del jóven y fué causa de la enfermedad tan repentina de su nieta, el odio de mamá Renaud para la península indo-china volvió á aparecer más fuerte que nunca.

Se la oia exclamar cien veces al dia alzando las manos al cielo:

—¡Oh! ¡Ese Tonkin! ¡Ese Tonkin!

Ese Tonkin era la causa de todas sus desgracias. Y las tenia siempre en la mente y recapacitaba sobre ellas varias veces al dia, á pesar del aumento de trabajo que le ocasionaba la enfermedad de María; pues mamá Renaud, no obstante su avanzada edad, era la que dirigia sola la casa de lencería de la calle del Sentier, y precisamente los encargos aumentaban entonces é impedian á la buena anciana pasar al lado de la enferma todo el tiempo que ella hubiera querido.

Estaba fuera de sí; á lo mejor se paraba en